



JOSÉ ANTONIO DE LA RUBIA GUIJARRO, *PHOTOCALL. IMAGEN, PRESENCIA Y OPINIÓN*,

Málaga, Última línea, 2021, 254 pp.

Francisco J. Fernández

José Antonio de la Rubia Guijarro es de lo que no hay; entre otras cosas, capaz de haberse leído alguno de mis libros y conservar su fina inteligencia. Por mi parte, he puesto toda la mía en desentrañar este texto inmenso, repleto de referencias y guiños culturales, y que sin embargo le llevan a uno en volandas gracias a que cabalgan sobre un verbo ágil, refinado e irónico. Como es lógico, me ha derrotado, porque, aunque su fraseo es corto, sus conceptos pesan como el mercurio. Creo que ni el dios Hermes hubiera dejado de perderse ante las encrucijadas en que nos va poniendo. Reconozco mis apuros en esos momentos: me falta no solo el olfato del perro de Crisipo, sino hasta su inteligencia. Sin embargo, algo he ido descubriendo, apoyándome sobre todo en aquellas referencias que no me eran totalmente desconocidas (Platón, Ortega, Benjamin, McLuhan o Gustavo Bueno), pues me han servido para suturarme a las menos conocidas (Chomsky, Habermas, Arendt o Santayana) e incluso hilvanarme a las francamente ignotas (Sartori, Lippmann, Merton o Elizabeth Noelle-Neumann, entre muchas, muchísimas otras). Además, una cierta satisfacción cuando este ignaro se daba cuenta de que, tras la abadía en que "asesinaban monjes" (p. 44), Umberto Eco nombraba su rosa o de que, tras el "Marshall, el más grande" (p. 179), se encontraba escondido el famoso pasodoble, o de que se daba la casualidad de que conociera *El Clic* de Milo Manara, con el que nuestro autor juega a menudo.



Seguro estoy de que mi lectura no ha sido capaz de reconocer otros guiños, por no hablar de esos momentos absolutamente indescifrables en que aparecía una tal Soraya, al parecer bajita, o un tal Mariano, al parecer más alto, lo que desde luego ha de repercutir en la calidad de mi lectura: pena que cumpla por hacer tan poco caso a las actualidades de este mundo.

Y, no obstante, la cosa está muy clara. A pesar de las apariencias, *Photocall* es un texto de ontología. El mismo autor lo viene a reconocer de soslayo en un par de ocasiones, aun cuando sea cierto también de que los entes de que se ocupa comparezcan bajo forma de hamburguesa o producto de higiene femenina: el sarcasmo elegante al servicio de un discurso de metafísica. Leibniz se habría quitado la peluca, ajustado las lentes y preguntado por quién era ese insolente. En mi caso, el efecto ha sido apocatastático: de repente un aluvión de noticias que tenía sepultadas y que no he podido menos que restaurar no tanto porque piense que podrían haber tenido cabida aquí mismo, sino porque el despertar de las mismas me ha servido para encararme con el texto y porque al fin y al cabo quiero que José Antonio de la Rubia sepa de lo preterintencional de sus análisis. Por espigar algunas a las que no he podido sino atender: aquel momento en que Rafael Sánchez Ferlosio hablaba de la regurgitación de los licaones, aplicando este comportamiento a los *previos* informativos, es decir, una orientación entre pedagógica y biempensante con la cual preparar el estómago del espectador (cf. Escena 1); o aquel momento en que Alcibíades cortó, delante de toda Atenas, el rabo de su perro: mientras se hablara de su crueldad a este respecto no se hablaría de la que prodigaba en otros (cf. Escena 18); o la referencia al problema clásico de Molyneux en las páginas prodigiosas dedicadas a analizar la relación entre el



pensar y el ver (cf. Escena 7), por no hablar de aquel momento del *De anima* en que Aristóteles decía que el que ve ya está de alguna manera juzgando (cf. Escena 5, asunto que reclamó la atención de Ortega y Gasset en *La idea de principio en Leibniz...*). Habría algunas más y seguro que otros lectores referenciarán otra; estas son en cualquier caso las mías.

En fin, distribuido en 21 capítulos todos ellos tienen una estructura parecida, pero los temas van imperceptiblemente variando: Imagen, Presencia, Opinión. No estoy completamente seguro, pero *Imagen* llegará más o menos hasta el capítulo seis, con un capítulo siete que funciona como transición; *Presencia* se extiende hasta el catorce mientras que *Opinión* llega hasta el veinte. El 21 cierra el libro y no es tanto una *peroratio* sino un volverse sobre sí mismo. Punto final¹.

Como la filosofía no se lee con los ojos, sino con los cuernos, he aquí cómo he aguzado los míos, con riesgo no obstante de descornarme. A lo primero que me puse es a saber qué es eso del *Photocall*, palabra que no estaba seguro de haber oído antes. Al parecer se denomina de esa manera a los momentos en que los famosos comparecen ante los medios de comunicación, pero no para ser entrevistados, sino para la exhibición de sí mismos, como pasarelas donde no se pasea. Pero resulta que el *photocall* de que se habla aquí es otra cosa. De hecho, me puse a recopilar los momentos en que algo así

¹ A no ser que a José Antonio de la Rubia se le ocurra una nueva *remasterización*, como dice que *Photocall* es respecto de un trabajo anterior: *Evil Screens*, Granada, 2015. Por otra parte, desde un punto de vista estrictamente ortotipográfico, el libro está muy limpio, sin apenas erratas, pero no consigo comprender por qué a menudo se pone entre corchetes la primera letra de las citas. Más importancia tiene que hayan desaparecido las notas 280 y 281. Por cierto, al principio creí que era un McGuffin, pero no.



como una definición o una descripción o una característica tenían que ver con el *photocall*. El resultado fue muy inquietante, pues parece tan indeterminado como sugerente: es como si al agitarlo se nos llenara de sortijas.

El *photocall* es una aparición (p. 13), presencia (p. 18) e incluso mero acto de presencia (p. 25), pero asimismo condición de posibilidad de la sociedad del espectáculo (p. 18), pero es que también, heideggerianamente, ser-ahí (p. 18), aunque por otro lado se encuentre más bien del lado del estar que del ser (p. 25); el *photocall* genera al mismo tiempo un espacio público (p. 105); además, el *photocall* está firmado, por eso su logo es su quintaesencia (p. 105) y de ahí que el *photocall* sea *photocall* de... Esta procedencia (o intencionalidad, a lo Husserl) hace que no tenga valor de verdad, sino que esta provenga a lo sumo de su propia existencia (p. 112). Pero es que, a su vez, el *photocall* impone requisitos: debe afectar a una minoría y tiene que explicitar un final feliz, lo que significa que el *photocall* exige que el problema que convoca sea social (p. 140) (y no estrictamente individual, como el suicidio²), pero no teleológicamente informativo, pues después de todo no es sino un marco valorativo generador de identidad grupal (p. 148), como un imaginario colectivo de las masas (p. 153). Creo que la razón de que el *photocall* permita tales caracterizaciones reside en que José Antonio de la Rubia no ha querido deslindar aspectos; adrede ha confundido los aspectos epistemológicos y semióticos con los políticos. Pero eso no es un defecto, sino un síntoma, es decir, una insistencia que se inserta en la más honorable tradición filosófica desde la

²Agudísimas las páginas dedicadas a la reluctancia del suicidio respecto de los medios de comunicación.



República de Platón³, texto que se cierne como un halcón sobre todo el texto.

En efecto, pensemos en los prisioneros encadenados de la alegoría de la caverna. Condenados a mirar hacia delante, no ven sino sombras proyectadas de objetos: la sombra de un jarrón y no el jarrón, la sombra de un martillo y no el martillo. El conocimiento es por tanto deficiente (*eikasía*) y por cosas así el gran Plotino se negó a que sus discípulos le hicieran, ya próximo a la muerte, un retrato: ¿Qué queréis? ¿La sombra de una sombra? Pues bien, cuando el prisionero liberado vuelve para hacer lo propio con sus compañeros de cautiverio (la llamada dialéctica descendente) nos enteramos de que tales prisioneros se tributaban honores unos a otros y hasta se recompensaban por haber sido capaces de mostrar mayor agudeza a la hora de reconocer las sombras que estaban condenados a contemplar (recuerdo ahora cómo mis hermanos y yo jugábamos de chicos a reconocer antes que ninguno los anuncios de la televisión), es decir, tales sombras impregnaban la vida de los ciudadanos y hacían que vivieran en función de las mismas. Pues así nosotros, que nos desenvolvemos con una naturalidad sorprendente entre lo cursi y lo pornográfico: “Quiénes somos es, en el fondo, otro *photocall*” (p. 47).

Ahora bien, nuestro autor no es platónico, al menos de primeras. ¿Cómo puede ser?

José Antonio de la Rubia observa con justicia que una

³No puedo menos de recomendar (a propósito de la escena 10) la lectura del análisis del displicente anuncio de cerveza que Agustín García Calvo realizó en *Lalia. Ensayo de Estudio lingüístico de la Sociedad* (Madrid, Siglo XXI, 1973), libro extraordinario que merece ser reeditado.



aproximación meramente semántica al *photocall* es insuficiente. Parece querer decir que tal perspectiva no daría cuenta de la potencia de su mero estar, de su presencia. Así las cosas, se apoya en consideraciones de tipo pragmático (esa dimensión extralingüística del lenguaje) porque, después de todo, el lenguaje no sería sino una especie dentro de un género más amplio, a saber: el de la comunicación (lo cual es a mi juicio como mínimo discutible). Por eso en este texto abundan tanto comunicólogos, sociólogos, politólogos o periodistas y muy pocos lingüistas (salvo Chomsky, que no es precisamente el que mejor entiende estas cosas).

Veamos entonces lo que nuestro autor hace, verdaderamente notable. En el universo platónico, la dualidad sombra-objeto se encuentra dentro de la *doxa* (lo que se suele traducir por *opinión*), que se enfrenta a su vez a la *episteme* (tradicionalmente traducido por *ciencia*). Dejemos esto último, porque no hace al caso. En resolución, imagen sería a sombra como objeto a presencia. ¿Platónico? Pues no. Porque nuestro autor invierte las cosas de manera sorprendente: es una operación ontológica en todo orden. El *photocall* es la presencia y no la sombra, pero una presencia situada en el lugar de las sombras. Solo así puede entenderse lo siguiente: "Incluso es indiferente que desaparezca la propia imagen porque el *photocall* es la aparición, no la visión" (p. 254). Pero es que solo así puede entenderse asimismo que diga que la televisión es "el escenario del *photocall*" (p. 95), es decir, la pared donde se proyectaban las sombras de los objetos.

¿Se percibe la inversión? De la Rubia está diciendo algo más grave que el decir platónico: la aparición es la sombra, los objetos no son necesarios para las sombras. ¡Verdaderamente



vivimos entre fantasmas! No me extraña que en un momento leamos que el *photocall* "levita ensimismado" (*sic!* en la página 133).

¿Cabe oponerse a esta forma de entender las cosas? A mi juicio, solo si evacuamos del ser-ahí el existir, lo que obliga a replantear muchas cosas: por ejemplo, la relación entre el existir y el haber (en otras palabras: estudiar la función deíctica). De hecho, hay un momento fascinante en el que De la Rubia dice expresamente que el *photocall* se vuelve más sólido, más presente, más existente (cf. p. 252). Mi idea pasa entonces por desatar el nudo que ata la presencia a la existencia. De esta manera, únicamente aceptaré que el *photocall* sea presencia si solo puede ser mostrado (así salvaré su "sublime inocencia", p. 116; y así empieza precisamente la alucinógena *Fenomenología del Espíritu* de Hegel, con el análisis de la conciencia inmediata, aquella que se relaciona con el mundo mediante deícticos, que solo muestran o señalan); solo aceptaré que el *photocall* pueda hacerse más existente si puede ser significado. Pero, ojo, estas cosas no pueden darse a la vez. Y esta es mi discrepancia liminar: De la Rubia parece creer que sí. ¿Por qué? Creo que a fin de cuentas porque para él ser-ahí o estar-ahí significa existir. Es quizá una insospechada deuda heideggeriana, ya que *Dasein* fue entendido de primeras precisamente así, como Existencia (y de ahí los existencialismos de todo cuño, contra los que protestaba el propio Heidegger por cierto). De hecho, me temo que el antiplatónico soy yo más bien, pero no tanto porque desconfíe de toda pretensión de significación sin materialidad, sino porque entiendo que hay sentido sin significación, es decir, sin apelación ideal.

Me imagino la escena, el *photocall*: yo señalaré y él



El Búho Nº 22
Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en <https://elbuho.revistasaaafi.es/>

significará. Yo diré ahí y él responderá ¿ahí qué? Y entonces yo diré que eso y él ¿y eso qué es? Y ya no sabré si el que debe ser salvado del cautiverio soy yo o él.

Francisco J. Fernández